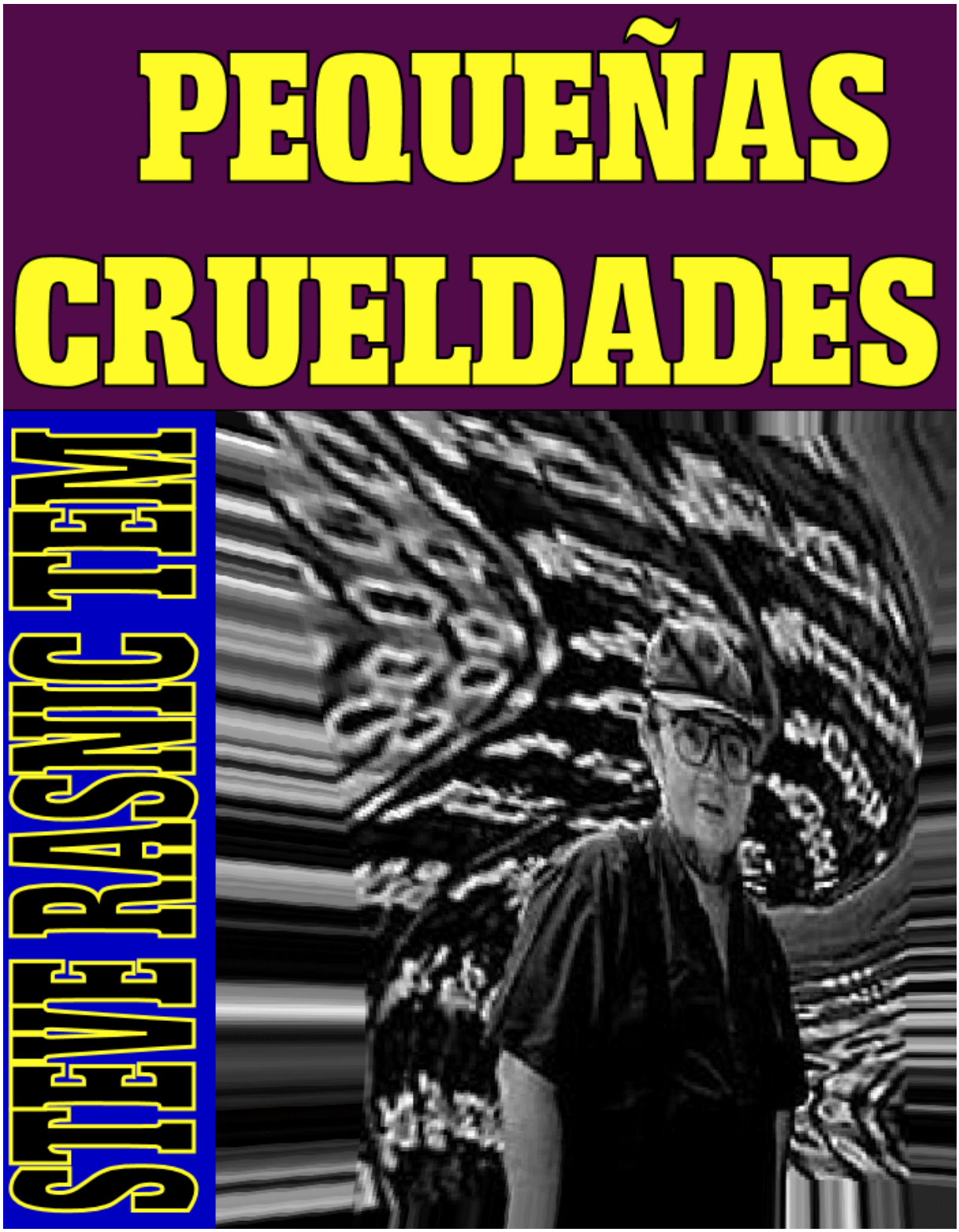
Pequeñas crueldades
STEVE RASNIC TEM



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Había cambiado. A veces no se reconocía. Su voz sonaba extraña, el timbre era desconocido, el vocabulario impropio, las opiniones irreconocibles. Y hacía cosas que nunca habría podido imaginar.

Una y otra vez, Paul recordaba el incidente con los pollitos. Sólo había sido una bobada. una pequeña crueldad. Algo de lo que nunca podría sentirse orgulloso, desde luego, pero no un acto que mereciera una vergüenza tan intensa. Hacía diez años, por el amor de Dios. Joey tenía sólo cinco. No podría haberse hecho cargo de los pollitos, de todas maneras. No era lo bastante mayor. Sin embargo, era lo bastante mayor para sentir resentimiento. Tenía edad suficiente para eso.

Había sido su última Semana Santa en la antigua casa. A Joey se le había antojado tener pollitos. Paul había explicado con mucho cuidado cómo no tenían sitio para animales así en la ciudad: su patio era demasiado pequeño, y no quería animales apestando el sótano o el garaje. Tenían una bonita casa en la ciudad; no vivían en una granja, por el amor de Dios. Y además era demasiado pequeño para cuidar apropiadamente de ellos. Mamá o papá acabarían cuidándolos y eso no era muy justo, ¿verdad que no?

Joey había llorado tanto que aquel fin de semana Eve, por fin, había cedido y había salido el sábado antes de Pascua y había vuelto con los tres pollitos amarillos. Paul ni siquiera lo supo hasta que Joey le enseñó la cesta, todo excitado y agradeciéndoselo profusamente, y se subió en su regazo (la cesta y los pollitos se bambolearon precariamente), para besarle empalagosamente en la mejilla.

Paul se había puesto furioso, pero no pudo decir que no. Joey estaba demasiado excitado. Además, Paul no podía permitirse ser el malo de la historia.

Nevó en abril de aquel año. Extrañamente tarde, y con intensidad.

El patio y la colina tras la casa quedaron cubiertos de hielo blanco. Los pollitos enfermaron, empezaron a perder plumas y estuvieron a punto de morirse. Joey no había sabido cuidar de ellos, como Paul había predicho. No sintió ningún placer en aquello; era un simple hecho.

Estaban sufriendo. Paul se sentía fatal al respecto, era su responsabilidad. Era el padre de Joey, después de todo. Tenía que hacerlo. Se levantó al amanecer, se puso ropa de abrigo y entró en el dormitorio de Joey para coger a los pollitos. Estaban tan enfermos, le dolía recordar, que apenas hicieron ningún ruido cuando alzó la caja. Joey estaba pro-fundamente dormido, ajeno al mundo, con las mantas enrolladas tensa-mente alrededor de sus piernas. Paul se detuvo por un momento, soltó a los pollitos y liberó a su hijo.

Subió la empinada colina con sus pesadas botas de invierno; la capa de hielo crujía con cada paso. Los pollitos empezaron a tiritar, pero permanecieron en silencio. Cuando llegó a la cima, descubrió que no podía continuar, y tampoco pudo verse dejando a los pollitos en la nieve. Le fallaron los nervios. Había querido hacer lo correcto. De repente, arrojó la caja al otro lado y se dio la vuelta. Un gato, tal vez un perro, se encargaría de ellos.

De regreso a casa pensó en las bromas de fraternidad que había oído en la universidad. Embriones de cerdo abandonados en una residencia femenina. Perros muertos enviados por correo a los entrenadores de los equipos contrarios. Una bola de nieve de pollitos helados. Pero había querido hacer lo correcto.

Era ridículo pensar que la muerte de los pollitos podría afectarle de alguna manera.

Paul le dijo a Joey que los pollitos habían muerto durante la noche y que él se había encargado de ellos. El niño se pasó llorando la mayor parte del día siguiente.

- Quería enterrarlos -decía entre sollozos-. Eran míos.

- Hace demasiado frío fuera. El suelo está congelado.

- Entonces, ¿cómo lo hiciste?

Paul no pudo mirarlo directamente a los ojos.

-Soy un adulto. Puedo usar la pala mejor que tú.

-Me parece que no te creo. ¿Los enterraste? ¿Bien?

Su hijo se acercó. Paul nunca dejaba de sorprenderse por la franqueza del pequeño.

-Sí, yo... los enterré.

Por la forma en que Joey asintió, Paul supo que lo había creído, al menos de momento. Pero la duda permanecía aún claramente latente en su hijo.

Paul se levantó al amanecer, al día siguiente, y se puso a rastrillar con los dedos enguantados por las capas superiores de nieve que aún cubrían la colina. A cada rato encontraba un terrón de fango húmedo y hojas, o mierda de perro enmascarada como uno de los pequeños cadáveres rancios, pero no pudo encontrar a los pollitos muertos, Pensó que tal vez había tenido suerte y un animal del vecindario se los había comido de veras o se los había llevado.

Se interrumpió cuando vio que la luz del dormitorio de Joey se encendía. Dentro de unos pocos minutos el niño estaría en el salón con-templando sus dibujos animados.

Más tarde. Paul pensaría que todas aquellas acciones no eran normales en él. Si hubiera tenido tiempo de pensarlo, de planearlo, entonces tal vez se habría comportado mejor. Tal como estaban las cosas, no podía reconocerse a sí mismo. No podía aceptar plenamente las cosas que estaba haciendo.

Dos días después del deshielo, vio a Joey jugando con los cadáveres disecados de los pollitos en el patio trasero, pasándoselo de mano en mano como si fueran puñados de plastilina. Paul tuvo que contenerse para no ir y pararlo, para no explicarle cómo las cosas muertas alumbran gérmenes, cómo las cosas muertas pueden hacer enfermar a un niño pe-queño.

Joey tenía que saber lo que había hecho su padre. Pero nunca habla-ron sobre ello; ninguno de los dos sacó a colación el tema. Paul sólo había querido hacer lo correcto.

Lo que Joey nunca comprendería, lo que ninguno parecía comprender era lo mucho que a Paul le dolía lastimar a su hijo. Sabía que sucedía demasiado a menudo, y siempre de manera insignificante, pero no era como si quisiera hacerle daño adrede. No podía evitar las pequeñas crueldades referidas a Joey (incluso cuando parecía ser parte de ellas), más de lo que podía evitar que le sucedieran a él. A veces Paul no comprendía la situación, y por eso Joey era castigado innecesariamente. A veces Paul hacía algo (como quitarle un juguete determinado a su hijo, o no darle permiso para ir a casa de un vecino, o inventaba un tipo particular de castigo), con la intención de ayudar al niño a crecer. Pero a veces el tiro salía por la culata, y al recordarlo parecía ser un acto cruel. Pero Paul había intentado hacer lo correcto: lo hacía lo mejor que podía. Las cosas eran así; era así como funcionaba el mundo normalmente. Por el amor de Dios... amaba a su hijo.

En cualquier caso, la ciudad no era sitio para tener animales.

A veces imaginaba que oía a su hijo llorar por la noche.

Pequeñas crueldades. Eran las pequeñas malevolencias, los pequeños odios, las menores proporciones de crueldad, las que siempre hacían que la vida de Paul en la ciudad parecieran un poco amargas, y las que finalmente le hicieron trasladarse junto con su familia de la vieja casa de Parker Street.

Joey no había querido marcharse: todos sus amigos estaban allí, amigos con los que había empezado el primer curso. Paul intentó ser razonable, pero de todos modos, ¿cuántos amigos íntimos podía tener un niño de seis años?

A Eve tampoco le había gustado la idea, pero estaba dispuesta a acceder a todo aquello que Paul pensaba era lo correcto.

Paul no tenía dudas.

No sabía qué era lo que tenía la ciudad para hacer que la gente actuara de aquella manera: si era a causa de la superpoblación (a menudo pensaba en aquellos experimentos en los que los ratones eran apiñados en un espacio cerrado), o por la falta de contacto con la tierra (en la ciudad uno pasa el noventa y nueve por ciento del tiempo pisando cemento o asfalto), o el deterioro de los servicios municipales (¿cuántas veces era a basura a lo primero que olía por la mañana?), o alguna clase de degeneración de la especie. Pero cada día veía a más y más gente tensa, a más y más gente loca.

Veía a la gente atrapada en medio de los atascos de tráfico, enfadándose a muerte con cualquiera que se les pusiera delante, golpeando repetidamente el otro coche con el propio, saliendo del auto y tratando de sacar por la ventanilla al otro conductor.

Tenía vecinos que no podían conservar la cabeza de un surtidor, o una manguera, o ni siquiera un cubo de basura más de un mes seguido antes de que se la robaran o la destruyeran. Las luces de seguridad no servían para nada, y los pequeños actos de destrucción se habían hecho tan comunes que ya nadie se molestaba en distinguir los sonidos.

Todos los días insultaban a alguien. Decirlo podría parecer banal, pero Paul estaba convencido de que los pequeños insultos que la gente tenía que soportar cada día (el «no podemos hacerlo, no es procedente» soltado por un funcionario sin importancia, o el «¿cuántos otros pisos tiene?» de algún anónimo cobrador al teléfono, o el «tienes que hacer algo con tu peso» de algún empleado) estaban reduciendo lentamente a la gente al nivel de los animales. La gente lo aplastaba a uno, ya no se podía hacer nada sin meterse en un montón de líos.

El propio Paul se sentía ofendido de una docena de maneras diferentes cada semana. Nadie parecía capaz de ver que sus observaciones le hacían daño. Lo hacía lo mejor que podía; seguro que aquello tendría que valer mucho en el esquema de las cosas. Y, sin embargo, cada encuentro escondía un insulto potencial.

Pequeñas crueldades. No las discutía con nadie en voz alta; dar voz a sus quejas las hacía parecer un poco ridículas. De vez en cuando se veía impulsado a escribir una carta al director referida al último lapso similar en la compasión humana: la mujer que se deshacía de las galletas rancias que tenía en casa dándoselas a los chavales en Halloween, el hombre llevado a juicio por dejar a un cachorrito atado a un árbol durante dos días bajo la lluvia, la hija pequeña del vecino que se metió en el armario de su mejor amiga y le rompió toda la ropa porque la otra no la dejó jugar con su muñeca. Estas personas nunca mataban a nadie. Eran pequeños crímenes, pequeñas crueldades. Pero a medida que estos desagradables ejemplos se acumulaban, Paul empezó a verlos como monstruosos en sus implicaciones. Sus cartas eran elocuentes, pero rara vez las echaba al correo.

Las pequeñas crueldades eran lo peor. Hacían que cada día fuera una serie de derrotas subliminales. Intentar detenerlas parecía fútil; formaban demasiada parte de la vida de la ciudad. Nunca podía decidir si era la ciudad la que cambiaba a la gente o si era la gente la que cambiaba la ciudad.

A veces pensaba que podía oír a su hijo llorando por la noche. Había sido así durante mucho tiempo: el ligerísimo eco de un sollozo, un gemido, como si el niño hubiera vuelto al estado embrionario y estuviera siendo torturado en otro mundo. Solía comprobar el estado de su hijo, subiendo los dos tramos de escalera hasta su habitación, donde siempre lo encontraba dormido profundamente, con las mantas enrolladas en los pies, y Paul siempre se obligaba a arroparlo, a besarlo amorosamente en algún lugar en el nimbo de luz que cubría su cara, siempre sorprendido por su dulce olor. Después de unos cuantos años, dejó de ir a comprobar su estado; ahora sabía que probablemente no era su hijo quien lloraba, y ya no había ninguna excusa para las visitas nocturnas.

A veces pensaba que podía oír a su hijo llorando por la noche. Pero sabía que no podía ser. Particularmente ahora, que Joey ya no vivía allí. Se preguntó cuántas veces había oído una voz apurada en la noche (alguien llorando o gritando, alguien pidiendo ayuda), pero no había hecho nada, porque ese tipo de cosas pasan constantemente en la ciudad, y uno no sabe si la persona que grita está borracha o drogada o sólo loca. Y siempre estaba la posibilidad de que hubiera peligro para uno allí fuera, incluso con una llamada telefónica, porque ellos siempre parecían saber quién se había quejado. Y en cualquier caso uno se traicionaba con sus acciones: asomándose a la ventana y abriendo las cortinas para ver lo que iba a hacer la policía.

Pero Paul aún creía que era mala cosa no llamar..., la gente podía morir si no lo hacía. La gente moría todo el tiempo a causa de la inacción, a causa de las pequeñas negligencias.

El día que se mudaron a la nueva casa nada marchó bien. Paul cometió un error al contratar el camión y tuvo que pagar el doble para solucionarlo. Eve se quejaba de que no tenía tiempo para hacer las maletas, y pasó los últimos días metiendo todo tipo de cosas, ropas, papeles y cacharros en cartones y bolsas de basura. Y en el último minuto descubrió una nueva serie de quejas.

-Voy a perder a mis amigas, a mi club de bridge de los miércoles por la tarde, y la carne fresca de la carnicería de Kelsey. Por no mencionar el puesto de flores de Jimmy... ¡me ha estado dando flores gratis todos los fines de semana durante cinco años! -alzó la mirada de sus paquetes y le miró-. ¿Por qué renuncias. Paul?

Paul no podía soportar estar en la misma habitación con ella cuando se comportaba así. Se dirigió a la puerta.

-¡Es por nuestra seguridad, maldita sea! Sólo estoy intentando cumplir con mi responsabilidad, pero supongo que no puedes entenderlo.

Joey había llorado y se había puesto hosco alternativamente. Algunos amigos habían venido a verle, pero había rehusado bajar a verlos, a pesar de que Paul se enfadó con él por eso. No comprendía qué estaba intentando hacer por ellos.

Dios, pensaban que estaba siendo irreflexivo. Pensaban que no le importaban sus sentimientos. Pensaban que estaba siendo cruel.

La nueva casa era para proteger a su familia. Había pasado años in-tentando encontrar un sitio así. No estaba en las afueras de la ciudad, sino en una pequeña comunidad llamada Globeville, que había sido segmentada y virtualmente dejada al margen cuando dos carreteras interestatales fueron construidas encima. La mayoría de los trabajadores que pasaban por allí todos los días ni siquiera conocían su existencia.

El día que se dirigieron a la nueva casa, Eve parecía cada vez más ansiosa. Paul encontró pintoresco el vecindario de Globeville, y atractiva-mente aislado. Eve pensó que parecía un suburbio.

- ¡La mitad de las tiendas están cerradas!

-Siempre podemos hacer las compras en la ciudad, si quieres.

Ella iba a estropear su primer día con una discusión. Siempre iniciaba la pelea. El nunca podía ver ninguna razón para ponerse a discutir.

-No he visto ni un solo restaurante ni un solo almacén que no esté cerrado.

-Hay un restaurante mexicano bastante bueno allí abajo, y un par de bares. Y un almacén, tan pequeño como el de Kelsey, pero estoy seguro de que son suficientes para cubrir la mayor parte de nuestras necesidades.

-Entonces, ¿dónde está todo el mundo, papá? -era la primera cosa que decía Joey desde que subió al coche.

-Son principalmente ancianos. Gente que ha vivido aquí toda la vida, incluso algunos que estaban aquí antes de que construyeran la interestatal. Esa es una de las cosas mejores que tiene este vecindario. Supongo que la gente mayor no sale tan a menudo.

Pero el propio Paul estaba un poco perturbado por las calles casi vacías.

De alguna manera, el vecindario le parecía más poca cosa con Joey y Eve en el coche. Un gran porcentaje de las casas no había sido pintado desde hacía años. Gran número de los edificios vacíos servían como almacenes para los negocios de la ciudad que querían lugares así a medio camino de las zonas residenciales. Había camiones de reparto aparcados en las calles, pero muy pocos coches. La mayoría de los que podía ver estaban en los patios, cubiertos de hierbajos, oxidados y vueltos de un sucio color cinabrio. Durante un momento Paul se preguntó si podría ser debido al aire de la ciudad.

Pero se notaba que era un sitio pacífico. Desde luego, él lo podía ver así. A pesar del hecho de que tenían las autopistas casi encima, la combinación de árboles y carreteras elevadas dejaba al vecindario relativa-mente tranquilo.

-Es... bonito, Paul -dijo Eve. Había duda en su voz.

Paul alzó la mirada. Una leve colina a su izquierda. Habían llegado.

La casa victoriana estaba en muy buen estado. Paul lo había comprobado varias veces con el vendedor. La mayor parte del exterior de madera (los brillantes adornos blancos y recargados) estaban intactos, como si fueran inmunes a la ácida polución que se había cobrado su precio en las casas viejas de otras partes de la ciudad. Las paredes de ladrillo rojo y cimientos de piedra gris eran firmes y no mostraban signos de desmoronamiento ni decoloración. Tal vez sus características favoritas eran las dos torres redondas, como torretas de vigilancia, que se alzaban del segundo piso, una en cada esquina. Y a pesar de su edad, la casa iba a hacerles disponer de la ciudad cuando lo necesitaran, y a la vez les proporcionaría un santuario.

Una evolución estaba en marcha; los seres humanos estaban siendo transformados dentro del vientre de hormigón de la ciudad e iban a convertirse en algo sobre lo que ni siquiera él quería especular. La evidencia estaba alrededor, las crueldades se acumulaban en una enfermedad de aspereza que se extendía por todas las zonas metropolitanas.

Pero Eve y Joey... simplemente no querían verlo. Probablemente debería haberlos hecho trasladarse a todos al campo.

-¡El vecindario es terrible! -las quejas de Eve se convirtieron en una letanía familiar-. No hay crímenes, pero está todo tan sucio, Paul... ¡Limpio la casa de arriba abajo y es necesario que vuelva a quitarle el polvo casi todos los días!

-Es una casa vieja, Eve. Las casas viejas acumulan polvo. Pero al menos no es como la contaminación con la que hemos tenido que vivir antes. Admítelo. ¿No era mucho peor?

-¡No se puede hacer nada aquí!

Tal vez si tuviera que empezar de nuevo los llevaría al campo, pero había sentido la necesidad de seguir de cerca el progreso del mal de la ciudad, y Globeville era el lugar de observación perfecto.

Ahora se asomaba de vez en cuando a la ventana de su dormitorio y veía a Joey excavando en el patio, enderezándose ocasionalmente para examinar las manchas de suciedad de sus manos. Pero Joey y Eve se habían marchado hacía años, Eve mucho antes que Joey, y, en cualquier caso, Joey tendría ahora al menos dieciséis años, y el que excavaba en el terreno era un Joey más joven que examinaba en silencio la arena y el barro, buscando los pollitos muertos de Semana Santa.

A veces no se reconocía. Su tristeza pertenecía a otra persona.

Eve se marchó menos de un año después de haberse mudado a la casa de Globeville. Suponía que era inevitable: echaba de menos a sus amigas y no podía ver nada en las teorías de Paul. Incluso él mismo sabía que se estaban convirtiendo en una obsesión.

Lo que no podía comprender era la manera en que dejó a Joey. Era sólo un niño, su hijo. Supo que se había despedido del niño, pero Joey nunca le contó qué le había dicho.

Cambió. A veces no podía reconocerse. Educar a su hijo era muy distinto de lo que había pensado. Paul no sabía nunca cómo actuar. No sabía cómo convencer a su hijo de que sus intenciones eran buenas, fueran cuales fuesen los errores que cometía.

No podía convencer a su hijo de que le amara.

A veces escondía los juguetes del niño. A veces le arrancaba la tarea del cuaderno del Correcaminos y la tiraba. A veces se introducía en el sótano y cortaba la luz, y el niño que sentía miedo de la oscuridad tenía que esforzarse en caminar por habitaciones llenas de noche y de sombra.

A veces oía llorar débilmente a su hijo en la oscuridad y no acudía.

-Su hijo está pegando a los otros niños -la voz al otro lado del teléfono era distante, poco de fiar.

Nunca debería haber permitido que Joey fuera al colegio en la ciudad.

-No, mi hijo no. Debe de estar equivocado.

-Insulta a los profesores. Escribe cosas obscenas en las paredes. Destroza los muebles del colegio.

-No, no. Es el colegio. Son ustedes. Debería educarle aquí, en nuestra propia casa.

-Es cruel con...

-¡Los equivocados son ustedes! ¡He visto la manera en que dejan comportarse a los niños fuera del colegio, fumando y riendo, actuando como adultos, por el amor de Dios! No se comportan como niños para nada. Les han robado ustedes su infancia. No me extraña que piensen que pueden hacer lo que les plazca.

Colgó el teléfono de golpe, temblando. Pudo oír a Joey en el piso de abajo.

Se preguntó si Eve presintió alguna vez que también Joey se había contagiado de la crueldad.

Se preguntó si Eve llegó a sospechar alguna vez lo que había pasado de verdad con los pollitos.

Bajó la escalera para hablar con Joey. Tal vez iba a hablar con él de los pollitos. Tal vez iba a discutir la conducta del niño en la escuela. Nunca estuvo seguro.

Cuando entró en la cocina. Joey estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Se pasaba de una mano a otras dos barras oblongas de plastilina. Parecía sereno, contenido. No hacía ningún sonido, pero Paul casi podía oír el suave tarareo que la mente del niño tenía que estar haciendo. Vio que el suelo estaba sucio. Había pelo de animal gris y blanco adherido al verde de las losas. Una sustancia pegajosa manchaba el suelo y la parte inferior de los cajones de amarillo pálido. Miró de nuevo a su hijo. Pudo ver ahora el débil tono rosado de la plastilina, los brotes de rojo, las pequeñas bocas abiertas de dientes afilados. Durante varios días había habido un póster en la cabina telefónica delante de su casa anunciando que se habían perdido dos gatitos. Las letras eran rudas, hechas con lápices de colores, y sobre ellas había un dibujo de los animalitos perdidos, uno era gris y otro blanco.

Joey le miró, como si esperara. Los labios de Paul se movieron en silencio, como para sí. Se dio la vuelta, y subió la escalera.

Aquella noche, Paul oyó cosas en la oscuridad, llantos y susurros. Imaginó que alguien, en alguna parte, necesitaba ayuda. Pero no se levantó de la cama.

A la mañana siguiente, Joey se había ido.

Hoy, cuando caminaba de regreso del almacén, había visto a Joey, o a alguien que se parecía a Joey, frente a la casa de Globeville, observándola. Habría corrido para coger al muchacho, pero las bolsas eran demasiado grandes y no quiso soltarlas.

Ya hacía varios años que Joey se había marchado. Paul ni siquiera estaba seguro de que continuara con vida. La policía no sirvió de nada; en realidad, durante un tiempo, pareció como si sospecharan que le había hecho algo a Joey, como si fuera un asesino. Aquella sospecha era cruel, y por ella Paul supo que también estaban infectados, como todo el mundo. Finalmente, concluyeron que Joey se había escapado, o que había sido secuestrado por su madre. No se mostraron muy optimistas sobre la posibilidad de encontrarlo.

Paul no comprendía. Eve había abandonado a Joey, ¿por qué iba entonces a dejar a su padre? No era como si su padre fuera un asesino, un ladrón, un villano. Sabía que su hijo tenía que estar muerto. Alguien se había llevado al niño de su cama, y las crueldades se le habían escapado de las manos. Tenían forma de hacerlo, las crueldades lo hacían así, como si tuvieran vida propia.

Y, sin embargo, el niño estaba allí fuera, bajo la noche, cavando en el patio de su padre.

Era una cosa cruel.

Incluso los pollitos tenían su lugar en el esquema de las cosas. Sus muertes podían cambiar la forma de vivir uno en el mundo.

Eventualmente, Paul empezó a ver a Joey, o a alguien que se le parecía, casi todas las tardes, pasando por delante de la casa de Globeville, pero al otro lado de la calle, como un amante tímido.

Una noche, el niño cavó en su jardín.

Durante el día, Paul pudo ver los cambios acaecidos al ladrillo y a la madera, las sutiles desintegraciones como la plaga de las plantas, o el cáncer.

Paul se aseguraba todas las noches de que tenía las puertas y ventanas bien cerradas. A

veces se despertaba y miraba el techo, donde las sombras de las ramas de los árboles mecidas por el viento y los gruesos cables del alumbrado se mezclaban en un óvalo de tenue luz amarillenta. Pensaba que podía oír el sonido de las manitas hundiéndose rápida-mente en la tierra blanda, como un pez que se muere o una tabla de madera empapada.

-Nunca he querido hacer daño a nadie -susurró en la oscuridad. Había oído su propia voz llorando suavemente en la distancia, y nadie se molestó en investigar.

Hacía días que no veía a nadie frente a su casa, pero no había salido, y el tiempo era frío. La mayor parte de las personas que vivían allí eran jubilados, y el aire podría haber sido fatal para ellos.

A pesar del viento, la contaminación era alta, lo que era un poco difícil de aceptar. Densas columnas de humo flotaban sobre los edificios; pensó que una chimenea tenía que estar funcionando en alguna parte. Las puestas de sol eran sombras teñidas de magenta, naranja, rojo y colores encendidos. Durante el verano indio, las nubes empezaron a des-cargar después de las cuatro.

Las aceras estaban llenas de basura, pero eso había sucedido antes. Un problema de jurisdicción entre los departamentos de sanidad municipal. Parecía haber más grietas en el pavimento de las que recordaba, pero las callejas traseras tenían pocas oportunidades de que las reparasen.

Grietas perdidas de contaminación nociva manchaban los ladrillos de su casa. Moho rojo salpicaba los verdes matojos plantados cerca de las paredes exteriores de la casa. De vez en cuando abría una ventana, pero tenía que cerrarla al poco rato a causa del olor. Cuando el viento amainaba, el aire retenía el olor del vecindario.

Eve había insistido en que la casa tenía que limpiarse todos los días. Nunca había entendido por qué. Guardaba la basura en bolsas herméticas en el porche trasero, y algún día las sacaría. Mantenía cerrada la puerta que daba al porche trasero, excepto cuando necesitaba añadir otra bolsa a la pila.

Contemplaba a un insecto de muchas patas (no podía recordar el nombre) dejar una fina estela por la pared del dormitorio.

Insectos muertos llenaban los alféizares. Algunas noches la casa se volvía sofocante y ansiaba abrir las ventanas, pero tenía miedo.

Los matojos crecían por toda la acera y suavizaban los bordes de la calle.

Los canalones de los aleros se pudrieron. Una de las tuberías de desagüe enmoheció y cayó al patio. Luego nunca volvió a verla. La hierba se la tragó. La hierba se tragaba el camino, y empezó a tener miedo de salir al patio.

Las tuberías crujían por la noche. En secreto, él esperaba que las tuberías se rompieran y se separaran por completo; le unían con el sistema de alcantarillado de la ciudad.

Las pintadas crecieron por las paredes de su hermosa y fuerte casa como una enredadera, fluyendo con el grano del ladrillo, luego separándose, multiplicándose, buscando cualquier espacio vacío.

Una noche el techo de su garaje se cayó por su propio peso, aplastando su coche. De todas formas, el tanque de gasolina estaba vacío. A finales de mes llovió durante varios días. Cuando acabó, se asomó al porche delantero. El agua había anegado los canalillos. Las alcantarillas vomitaban. Líquidos de color blancuzco y amarillento borboteaban de las bocas de desagüe y manchaban el pavimento. Un cadáver humano yacía boca abajo con el cráneo contra el bordillo opuesto. El agua viscosa lo mecía rítmicamente. Paul tuvo la urgencia de bajar y tocarlo, levantar el brazo y la cabeza sin vida, jugar con él, pasar el mal de mano en mano. Las malas hierbas manchaban su jardín. Paul retrocedió y aseguró la puerta.

Nunca podía decidir si era la ciudad la que cambiaba a la gente o si era la gente la que cambiaba la ciudad.

Joey excavó en su patio trasero. Grandes montones de tierra yacían extendidos, podridos mientras dormía. Gritaban suavemente en la distancia, pero nadie llamó a la policía.

Paul deambulaba por las oscuras habitaciones de su santuario. Los cuerpos secos de los

insectos crujían bajo sus viejos calcetines. A veces intentaba abrir una ventana, apartando hojas y papel matamoscas y brillantes cadáveres de insectos, pero la ventana caía cuando la levantaba.

Vio a Joey pintando enormes graffiti verdes, blancos y azules en mitad de la calle. Alguien tendría que haberle parado, pero nadie salió de sus casas silenciosas y gastadas. Contempló a Joey rompiendo las ventanas de la casa de al lado.

-Nunca he pretendido... -trató de decir.

Paul gemía durante el día y lloraba en sueños. Frotaba sus crueles manos contra las paredes, y se arañaba su cruel rostro con las uñas rotas.

Durante todo el día siguiente, Paul esperó junto a su cuerpo vacío mientras Joey llamaba desde el distante túnel que había excavado para él, el túnel que se abría paso bajo el patio y se replegaba sobre sí muy por debajo de la casa.

Nadie le conoció, ni reconoció su ausencia, ni las crueldades del mundo se redujeron un solo minuto después de que hubiera desaparecido.

A su alrededor el asfalto se pudría, el pavimento de la ciudad se volvía rancio.